EL ESCRITOR Y LA REALIDAD ACTUAL

Por DOMINGO MELFI

EL PERIODO actual es rico en conflicto para el escritor; pero se ha irizado la idea de decadencia en la literatura chilena. Mejor sería hablar de expectación ante la realidad; ante lo complejo de los problemas sociales. Expectación en que entra por mucho el temor a las responsabilidades. En lo que respecta a Chile el escritor parece acercarse rápidamente a la frontera de un mundo desconocido. Se encuentra como desorientado porque ni la burguesía ni el pueblo lo comprenden. Se ha dicho ya que el escritor es el hombre sin clase. Por lo menos en Europa, oscila entre una burguesía agonizante en cuya cultura se formó y una clase social nueva a la que no pertenece ni por la educación, ni por la cultura, ni por las ideas. Su destino es vivir entre los dos frentes en lucha, "sintiéndose sólo, huérfano de toda sociedad, en triste independencia." Lo que importa, es decir algo con la mayor claridad. Crear no por medio de símbolos caducos sino de acuerdo con la realidad que forma los datos vivos de la personalidad. El vuelco que ha dado el mundo es audaz y terrible. El folletín o la novela de aventuras, o el poema supra-realista, servirán para entretener algunos ocios efímeros o catalogar algunos estetas inertes. No dirán nada de fundamental, de trascendente para orientar las energías vacilantes. No lo han dicho desde luego, puesto que Chile cuenta con algunos estetas que ya han caducado y en cuyas obras la inquietud de hoy no acier a encontrar la nota cordial. Las obras literarias, como el organismo humano, tienen corazón. Y ese músculo palpita toda la vida, a despecho de la extinción definitiva o aparente, del creador. Para un razonador simplista, todos los libros acaban por convertirse en materia muerta, en las bibliotecas. Sin embargo, qué poderoso soplo de estímulo nos sobrecoge al abrir los libros vitales. En cambio, hay tantos que como el hueco de los nichos, sólo muestran una hendidura negra y vana.

La posición del escritor es la del hombre que cava profundamente la realidad. La realidad de hoy le exige el máximum de valor y de responsabilidad. Y sobre todo, independencia en la interpretación de los fenómenos sociales o morales. Porque la tendencia de hoy en los estados políticos es a borrar individualidad la libre voluntad humana. Así como social o políticamente, en otros sectores, no se toleran las energías o los impulsos de rebeldía individual, en el arte se quiere nivelar la creación, así como el estado colectivo no tolera las pasiones o las alegrías sino en comunidad. Obsérvense las relaciones entre los individuos: son rígidas y tiránicas, sujetas a la sastrecha y al equívoco. El menor intento de independencia es luego sometido al diapason común. Las leyes están calculadas para nivelar las cifras humanas, para envolverlas en una

turalidad blanda y conformista. No piensa en el mañana, por miedo a la responsabilidad, por temor a la vida, de la que no obstante, extrae en el minuto, todo el sumo, todo el frenesí que puede.

En este punto es grande la misión del escritor que se siente sacudido por el imperativo angustioso de la realidad. Porque no conviene hacerse ilusiones. Los escritores viven para la juventud. Los equilibrios de frases no llevan a ninguna parte. Lo esencial es la energía de la creación, y esta juventud de hoy quiere cosas más fundamentales. Quiere una fuerza interior que la aboque a una esperanza. Quiere creer en algo; quiere un arte articulado, fuerte, de salvación. No una ronda puramente estética— amor de narciso — en torno a los escombros de prejuicios y de errores de que está sembrada nuestra realidad. Suponer que aun debemos cantar a las madamas Bovary que suelen verse por ahí, es imposición de estetas trasnochados que no han visto el alba. Esas madamas son accidentes: pero hay realidades más hondas y complejas. Para algunos, el mundo no marcha. Está detenido en 1910. Error. Año del centenario; especie de liquidación con el pasado, material. Existen muchas figuras intelectuales, anteriores a esa fecha, que no pueden sernos extrañas. Muchos de esos hombres dijeron cosas fundamentales, y la tarea de traerlos hasta nuestra realidad, proyectando sobre ellos la luz del examen o de la fe, es empresa que esta generación no puede eludir. Desde luego, cuando se realiza el viaje al pasado literario de Chile, se busca en los autores lo esencial, el don de interpretación, el sentido con que enfocaron los problemas de la realidad que vivían, la claridad con que supieron penetrar las características de nuestra psicología. Con el criterio de hoy, se aspira a encontrar los instantes en que el alma chilena ha dado sus mejores latidos. No sólo ensalzaron. Condenaron con energía. Supieron ver los defectos y las virtudes. Muchos defectos parecían ser universales; pero colocados en el medio nuestro, en el ambiente y personificados en tipos criollos, daban una nota enteramente nuestra. Igual, las virtudes. Quizá sea esto la chilenidad. Buscar los datos negativos o afirmativos, para una interpretación integral de la raza. Y en toda literatura hay puntos de partida.

Pero hoy, el escritor está frente a un mundo nuevo. Y su responsabilidad es inmensa. Mucha parte de la indiferencia pública hacia el escritor, debe cargarse en cuenta de los que no han sabido ser fuertes consigo mismos. Norte América presenta el caso típico de inconformidad del artista creador con el ambiente. Quizá en ninguna sociedad existe como allí la multitud gregaria, la tiranía absorbente del medio que ata a los individuos a la cadena de la mediocridad. La materia es allí densa y trágica, como que está ama-